



AÑO III

←BARCELONA 8 DE SETIEMBRE DE 1884→

NÚM. 141

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¿SERÁ ALMIRANTE? acuarela por H. Valtenburg

## SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—LA BATALLA DE LOS ÁRBOLES, por don J. de Siles.—ROSA DE AMOR (*Conclusion*), por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—LA ELECTRICIDAD EN LA GUERRA (*III y último*), por A. G.

GRABADOS: ¿SERÁ ALMIRANTE? acuarela por H. Valtenburg.—UNA PARTIDA DE BOLOS, cuadro por A. Viendt.—EL D. JUAN DE LOS MÉGANOS, cuadro por Carlos Mucke.—PILA DE BICROMATO DE POTASA PARA INFLAMAR LOS BARRENOS.—EXPLOSOR MAGNÉTICO, SISTEMA BREGUET.—EXPLOSION DE TORPEDOS POR LA ELECTRICIDAD: SISTEMA DE DEFENSA DE PUERTOS Y COSTAS DEL GENERAL CHAZAL.—EL GRAN IGUANODON DEL MUSEO DE BRUSELAS.—SOLDADOS ÁRABES EN EL DESIERTO.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: ESCENAS PARISENSIS.—¿QUÉ HA SUCEDIDO? cuadro por J. L. Pellicer.

## LA VUELTA AL AÑO

MADRID

García Gutierrez.—Los poetas románticos.—Programa de una vida ilustre.—Fallecimiento de un príncipe de la Iglesia.—Toledo visto a través de una tumba.—China según la poesía.—China según la realidad.—Los Reyes en Galicia.—Odio y amor de lo infinitamente pequeño.

García Gutierrez ha dejado en la escena un lugar que no se llenará nunca. De aquella generación de poetas románticos que nacieron al amor de las leyendas de la Edad media, y que se inspiraban en la contemplación de los edificios góticos y de las bellezas de la historia, sólo queda uno en pie, el más alto de todos: Zorrilla. García Gutierrez tenía de común con todos estos poetas románticos, no sólo la inspiración y el carácter de sus personajes, la forma brillantísima de su estilo desbordante de metáforas y flores, sino además la vida social suya, accidentada y angulosa. Así como los poetas del siglo de oro fueron militares ó frailes, sacerdotes ó aventureros, cuando no fueron ambas cosas juntas, como si la audacia de su fantasía los llevase á buscar lo desconocido, á intentar lo difícil y á emprender lo que les presentaba obstáculos, de igual manera los poetas románticos de nuestra era han sido personajes de una epopeya, héroes de un drama, protagonistas de una acción interesante y enrevesada que descritas por ellos mismos revestirían la condición de una obra de imaginación. García Gutierrez fué pobre, fué soldado y escribió *El Trovador* al toque de las cornetas, en inmunda cuadra de uno de los peores cuarteles de Madrid, apoyando los pliegos de papel sobre el banquillo de una tarima, teniendo por tintero una jícara rota, y por pluma una malísima de ave que le prestaba un cabo furriel. En estas condiciones, rodeado del tumulto y la agitación de los cuarteles, entre el ir y venir de los soldados, escuchando aquí la canción de unos y poco más allá la disputa que otros tramaban sobre si les faltaban ó no cartuchos en la canana, es como escribió *El Trovador* García Gutierrez. Los que imaginan que las comodidades y el regalo, el suntuoso despacho tendido de tapices de Gobelinos, la mesa de ministro, las estanterías llenas de bien encuadernados libros, el confort y la felicidad son otras tantas musas que contribuyen á que los partos de la fantasía sean felices, tienen en esto una respuesta que es imposible negar. Las musas se enamoran más bien del pobre que del rico, y tal sucede que un escritor ha escrito en la miseria sus mejores obras y el día en que la felicidad le sonríe dejan de serle fieles aquellas hermosas y tornadizas doncellas.

García Gutierrez ha cumplido los 71 años. Nació en Chiclana. Sus padres eran honrados y humildes menestrales. La protección de Ventura de la Vega y más aún la de Antonio Guzman, el inolvidable actor, le sacó de la oscuridad. Por primera vez en la representación y estreno del *Trovador* se dió el caso de que el autor de la obra saliese á escena llamado por el auditorio; desde entonces esa costumbre se ha conservado cuidadosamente, porque las exhibiciones de la vanidad tienen sacerdotes que velan por la conservación de sus ritos. Y es lo cierto que se ha abusado de estas exhibiciones que parecían reservadas al genio para que se las tributase un público electrizado por las grandezas y maravillas de una situación extraordinaria y magnífica. Así, pues, cuando en un teatro, á la primera representación de un drama absurdo ó de una comedia ridícula, vemos como la *claque* saca al proscenio al autor de aquel engendro, nos acordamos de García Gutierrez y nos parece ver en esta exhibición cómica de la vanidad y de la medianía un insulto á la memoria de aquel gran poeta. Fué el primero en recibir en teatros españoles las ovaciones del pueblo.

No tengo necesidad de hacer la lista de las obras de García Gutierrez, porque la ilustración del lector sabe de sobra que el autor de *Venganza catalana* y de *La Criolla*, de Juan Lorenzo y de *El Grano de arena*, de Margarita de Borgoña y *El Paje*, de *El Encubierto de Valencia* y *El Rey Monje*, de *Don Juan de Marana* y de *Calígula*, recorría todos los tonos de la lira dramática, ya arrancándole las dolorosas vibraciones de la tragedia, ya las alegres carcajadas de lo cómico. Van desapareciendo estos insignes varones que fueron la gloria de la generación á que nuestros padres pertenecen. No hay en realidad quien los sustituya, porque á esa ilustre y numerosa pléyade sólo podemos oponer unos cuantos nombres no sancionados todavía con un aplauso definitivo é irrefutable. Tienen para nosotros estos autores insignes en que hemos aprendido el castellano, que nos han enseñado á gustar las emociones dulces de las bellas letras, la poesía

majestuosa y serena de la ancianidad y el dulcísimo perfume de los recuerdos de amor. El crecimiento de su gloria va unido á nuestro propio crecimiento, el desarrollo de su celebridad va unido á nuestras propias impresiones, y forman con gusto un todo como el de la hiedra que se enrosca y trepa por el árbol. En la mansion donde para siempre residen estos ilustres hombres, será posible que recuerden el triste olvido en que trascurrieron sus últimos años. El público es entusiasta, pero tornadizo; fácil en sus entusiasmos, pero poco duradero en ellos. Y así acontece que es la historia eterna del genio, que nace en la pobreza y entre las privaciones: triunfa un día y el aplauso le corona y le halaga, sigue engrandeciéndose y la envidia le muerde, y acaba glorioso, pero olvidado en el rincón de la modestia.

\* \*

El cardenal Moreno ha fallecido.

El día 27 se retiró por la noche á sus habitaciones, después de corregir las pruebas de una pastoral que dirigía á los párrocos de la archidiócesis, y cuando por la mañana los familiares fueron á despertarle, se le hallaron muerto á consecuencia de una apoplejía fulminante. Nació el año 1817 en Guatemala, y cuando aquella república se separó de España vino muy niño aún con sus padres á la Península. El colegio de jesuitas de Madrid completó una educación que había recibido en los Escolapios de Valencia. Siguió la carrera de leyes, ejerció la abogacía, escribió un libro de hermenéutica legal. Cantó misa y rápidamente, merced á la protección decidida y constante del P. Cirilo de la Alameda, entonces arzobispo de Burgos, ocupó importantes posiciones de la jerarquía eclesiástica. Canónigo primero, provisor más tarde, vicario capitular poco después, obispo y arzobispo en un espacio de 26 meses, estaba destinado por tan rápido encumbramiento á llegar en edad viril á vestir la púrpura cardenalicia. Así fué en efecto. No era un innovador ni un teólogo, aunque sus conocimientos de la historia de la Iglesia le daban autoridad en las discusiones sobre disciplina. Poseía un carácter entero y una tenacidad poco común, merced á la cual en el arzobispado de Toledo y Primado de las Españas, consiguió inaugurar el culto en muchas pequeñas aldehitas cuyas iglesias habían sido derruidas hace años por los azares de la guerra, por las tormentas, ó por la incuria y el abandono. El admirable templo de San Juan de los Reyes, con sus muros calados como encajes, maravilla de las artes de Toledo, obra maestra de la poesía realizada en piedra con un cincel, foresta de granito entre cuyas arcadas los monjes pasaban con el libro abierto, recitando los salmos de David no tan bellos, con serlo tanto, como el recinto donde resonaban; y la iglesia de San Jerónimo el Real, sita en el Prado de San Fermin, fundada por un rey ciego, en honor de aquel que le deshonraba, lindo alarde del arte gótico flamígero, deben su restauración á la munificencia del cardenal Moreno. Había hecho administrar las iglesias de Madrid, cuyos curatos sabía que estaban vacantes, por curas ecónomos á sueldo; y los ingresos de pié de altar iban íntegros á las arcas del arzobispado, no ciertamente para enriquecerse quien tal disposición había adoptado, sino para invertir aquellos fondos en las necesidades generales de la Iglesia, en opulentísimas limosnas que enviaba á Roma para el dinero de San Pedro, en la construcción de nuevos templos y en la reparación de aquellos que necesitaban mejoras. Ha muerto dejando una escasa fortuna, escasa si se la compara con las cantidades fabulosas que entraban en las arcas de aquel arzobispado y de las que no tenía que dar cuenta sino á Dios. La virtud le acompañaba en una vida de austeridad y modestia.

Cuando estas líneas se impriman su cadáver reposará en la Catedral de Toledo: le habrán salido á recibir bajo los pórticos de aquel maravilloso templo las sombras del cardenal Tavera y del cardenal de Borbon, los dos grandes príncipes de la iglesia toledana. Habrá resucitado la corte de los legionarios y habrán salido de los rincones de sombra en que se ocultan aquel enjambre de santos de piedra para formar procesión vistosa y multiforme en honor del que durante algunos años rigió la iglesia y la archidiócesis de Toledo. Descanse en paz el espíritu de este varón insigne.

\* \*

La guerra de Francia y China es hoy por hoy el motivo principal de las conversaciones entre las gentes aficionadas á las cuestiones diplomáticas. Nos interesa poco lo que tan lejos sucede.

Sin embargo, el misterioso encanto que rodea á la China con sus murallas que la aislan del resto del mundo, con su habilidad en las artes mecánicas, con la posesión de inventos como el del papel, la pólvora y la brújula que parece poseían antes que nosotros, dan algún interés á las noticias que se reciben de aquel país. En esto como en otras muchas cosas la fantasía y la realidad andan disgregadas; y en España la fantasía nos presenta á la China como un país famoso. Hay en él pájaros con alas de plata y sus colas de copioso plumaje caen al suelo desde el árbol en que están ellos posados como la cola del traje de baile de una dama de Luis XV. Hay arbustos que por el color de sus ramas y por las líneas curiosas que describen en un cielo siempre azul y centelleante de luz meridiana recuerdan al coral. Las mujeres y los hombres se visten lo mismo y apenas si se diferencian unos de otros por un lacio y minúsculo bigote y por el tamaño de

los piés que el sexo débil oprime y martiriza en coturnos de hierro. Hay casitas pequeñas que parecen construidas con arreglo al patron de las cajas de cerillas italianas; hay puentecitos minúsculos sobre riachuelos que se brincan de un salto; hay mares de agua dorada en que flotan gruesos pescados de cuyos labios penden unas barbas angulosas y cuyas aletas tienen los reflejos de los metales preciosos; hay familias congregadas delante de pequeñísimos kioscos ocupadas en delicadísimas faenas. Y en todas estas representaciones del pueblo chino no se adivina una existencia laboriosa llena de fatigas, sino más bien el intento de hacer productos que se hacen menos pesados y enojosos ejercitándose en las construcciones de jaulas para pájaros, de objetos de marfil y en el moldeo de delicadas porcelanas.

La realidad nos presenta al pueblo chino bajo muy distinto aspecto. Hay en él comarcas donde el hambre reina como una peste negra que va llamando hoy á una puerta, mañana á otra y cria á las generaciones cada vez más débiles hasta el extremo de que los jóvenes de veinte años apenas pueden ya andar por su propio pié. La vejez se anticipa, porque el hambre anticipa las enfermedades. Hay otras regiones donde la peste bubónica diezma al vecindario. No son amigos de la guerra y su ejército está indisciplinado. El sonido de un tiro le dispersa, porque aquella raza de enanos de ojos oblicuos y larguísimas trenzas no ha sido creada para conquistar el mundo, sino para conservar el pedazo de tierra enorme que Dios le distribuyó en la repartición de las naciones. Francia necesita reverdecer los laureles de Magenta y de las Pirámides y ya que no puede habérselas con Prusia, lo cual constituye el principal atractivo del porvenir para ella, ensaya sus cañones Armstrong y la nueva organización de su infantería, luchando con esta mesnada de cobardes chinos, y echando á pique con el orgulloso tronar de los cañones de sus acorazados las débiles embarcaciones que como un ejército de cábaros navega en las aguas dulces de aquellos sonrientes ríos. ¡Pobre China y desventurada Francia! Aquella perecerá ó sufrirá las condiciones que Francia le imponga, como Francia tuvo que sufrir las condiciones que Alemania le impuso. Esta es la vida y esta es la historia triste y desesperante. ¡Cómo ha de ser!

\* \*

Continúa el viaje de SS. MM. por la costa de Galicia, y es una serie no interrumpida de sorpresas, no sólo de los reyes sino de los altos dignatarios que los rodean, el espectáculo obligado de aquellas perspectivas no soñadas, de aquellas rias deliciosas sembradas por árboles de verdor eterno, de aquella accidentada crestería de las rocas que limitan el término del mar. Galicia tiene muchas condiciones para que España le dedique dos meses del año; es decir, para convertirse en el jardín de los madrileños que necesitan desde julio á setiembre irse á una parte fuera de Madrid. La frescura del ambiente, la hermosura del paraje, el encanto de la vida de sus ciudadanos que aún conservan un resto de la sencillez primitiva cantada por los poetas bucólicos, son los atractivos principales que harán á los madrileños preferir á otra cualquiera las playas de Galicia. La política en tanto está dormida, porque no es compatible con los placeres idílicos que hoy gozan los encargados de regirla. Más vale así: otras veces ha sido la política el drama, hoy es el idilio; y lo más, lo más, se aventuran á emitir opiniones sobre el porvenir entre una partida de caza y una expedición en lancha por una ria de la provincia de Pontevedra.

\* \*

El microscopio del doctor Llopps continúa atrayendo un público numeroso á los jardines del Buen Retiro. Gran sorpresa han producido las revelaciones de lo infinitamente pequeño. El hombre había creído poseer la ciencia absoluta de la tierra cuando supo que había en ella elefantes y ballenas, tigres y panteras; lo monstruoso y lo feroz le sedujeron en un principio, pero luego ha resultado que hay algo más temible que estos habitadores de las selvas no pobladas, y que en una gota de agua, en una gota de sangre, en la epidermis de nuestras manos y en el pétalo de una rosa hay naciones, y naciones de pueblecitos infinitamente pequeños que se reproducen con una facilidad portentosa, que viven un segundo, y que apenas mueren, de su propio cadáver nacen cien generaciones que se reparten en lucha civil incesante, el dominio de un átomo microscópico de planeta. Este hervir de la vida de lo infinitamente pequeño nos aterra cuando el microscopio nos lo muestra en toda su verdad. ¡Qué ir y venir tan activo y agitado; qué luchas tan crueles y tan imprevisitas! Aquellos animalitos que nos tragamos en un vaso de agua y cuya inmensidad de número no basta á empañar el cristalino líquido, tienen armas poderosas; luchan y se arremeten con garfios y con uñas; se devoran unos á otros, y convierten cada partícula de materia en el campo de batalla. Si algo fuera necesario para convencerse de que la vida es una lucha, no tenemos más que acudir al microscopio y él nos lo demostrará. También tienen su amor, según parece, estos animalitos menudos, y en la batalla de su vida que dura un segundo, hay una millonésima parte de este pequeño espacio que dedican á darse unos á otros un beso.

J. ORTEGA MUNILLA

**NUESTROS GRABADOS**

**¿SERÁ ALMIRANTE? acuarela por H. Valtenburg**

¿Por qué no ha de serlo?... De ménos hizo Dios á Juan Barth, y no por esto dejó de ser el terror de los argelinos y de los ingleses.

Las cosas requieren vocacion, disposicion y aplicacion. En cuanto á vocacion, la de nuestro rapaz es hereditaria: marino fué su padre, marino fué su abuelo; el mar es sepultura de uno y otro, y sin embargo, el niño persiste en el empeño de la familia: el mar es su elemento, el mar es su esperanza... ¿Tendrá vocacion el chico?...

Con un pedazo de corcho, un guñapo, un bramante y un mal cuchillo ha construido un barquichuelo que pondría en movimiento el aire producido por el aleteo de un pájaro... ¡Para que luego vengan ingenieros á enseñarle cómo se construyen los acorazados de primera clase!... ¡Qué Comerma ni qué niño muerto!... La vocacion hace á los héroes... Ese muchacho está en camino de almirante...

¿Se aplicará?... Hé aquí el problema. Un secreto impulso nos dice que sí; no hay sino fijarse en las líneas de ese rostro infantil ya acentuadas, en la atencion con que ejecuta su trabajo, en algo que revela una fuerza de voluntad superior á sus años, esa fuerza de voluntad que ha dado lugar á una frase consoladora para los desheredados: querer es poder.

La acuarela de Valtenburg está hecha de mano maestra, con una firmeza, con una seguridad que demuestran la que su autor tiene en el dominio del arte.

**UNA PARTIDA DE BOLOS, cuadro por A. Viendt**

La vida en el interior de los castillos señoriales era, si mucho se apura, regalona y ostentosa, pero adolecía de monótona. Unicamente así se explica la presencia en tales sitios de los *locos* ó bufones y las familiaridades á que les tenían acostumbrados aquellos orgullosos barones y aquellas tan recatadas castellanas. El *loco*, unas veces con sus agudezas, otras veces con sus narraciones, á menudo con sus groseras chocarrerías, interrumpía el silencio de aquellos inmensos salones, apénas turbado una vez al año por la presencia de algunos caballeros vecinos, á quienes todo se les iba contando sus brutales hechos de guerra.

No es de extrañar, por lo tanto, que las damas de nuestro cuadro, á falta de mejor y más propia distraccion, jueguen á los bolos con el *loco* del castillo. En algo se ha de pasar el tiempo cuando no existe sociedad y la biblioteca contiene apénas unas cuantas vidas de santos, que las niñas se saben de memoria, y algunos tratados venatorios, de una falta de interés indiscutible.

El asunto está bien tratado en el cuadro que publicamos, de composicion agradable y dibujado correctamente. Los accesorios están oportunamente escogidos, de suerte que el conjunto, á pesar de ser fastuoso, tiene un cierto tinte melancólico que sienta perfectamente á la escena. Indudablemente en el interior de ese rico salon se respira ambiente de soberano fastidio.

**EL D. JUAN DE LOS MÉGANOS, cuadro por Carlos Mucke**

Tomó tierra el joven marinero tras un largo viaje, y como la nave no desplegará de nuevo sus velas hasta pasados unos días, el ocioso tripulante emplea el tiempo cortejando á las muchachas que se prestan á darle oídos. El marino necesita dejar un recuerdo en tierra; necesita, durante las eternas horas de calma, lanzar un suspiro que tenga la seguridad de encontrar en el espacio otro suspiro; necesita, cuando la tempestad azota el buque, tener la certeza de que hay un alma enamorada que ruega á la Virgen por la salvacion del naufrago.

Quizás algun marino no muy escrupuloso exagera esta necesidad hasta dejar una novia en cada puerto donde toca; y á esa excepcion pertenece probablemente el *Don Juan* de nuestro cuadro, que galantea á esa pobre niña, no sin que de ello se resienta el maldito amor propio de sus compañeras.

Una de las buenas condiciones de ese lienzo es la apacibilidad que todo él respira. Bajo ese cielo sin nubes, cabe ese mar sin olas, parece que pueda vivirse en permanente éxtasis amoroso. Las obras de ese autor son muy apreciadas por su entonacion y figuran como modelos de lo que pudiéramos llamar color verdad.

**El gran Iguanodon del Museo de Bruselas**

El animal, cuyo esqueleto representa nuestro grabado, llama la atencion, no sólo por su tamaño colosal, sino por su semejanza con el Kanguro gigante. Como él tiene una cola enorme, los miembros inferiores muy largos y los superiores muy cortos. Los paleontólogos clasifican á este animal entre los reptiles, lo cual parece un contrasentido, toda vez que el Iguanodon podía erguirse como el hombre y coger á su agresor entre sus brazos.

En el Museo de Historia natural de Bruselas hay bastantes iguanodones, entre ellos, dos que miden, el uno 10 metros y el otro 14 de longitud, y que fueron extraídos en 1878 de un depósito carbonífero, situado en la localidad de Bernissart, entre Mons y Tournai. La mayor parte de ellos lo han sido de una profundidad que variaba entre 330 y 360 metros.

Segun M. Dollo, naturalista de dicho Museo, el *Iguanodon Bernissartensis* pertenece á la clase de Dinosaurios y al órden de los *Ornithopoda*. El individuo representado en nuestro dibujo mide 9",50 desde la punta del hocico hasta la de la cola, y erguido sobre sus miembros posteriores tiene 4",36 de altura sobre el nivel del suelo.

Su cabeza es relativamente pequeña y muy comprimida: sus dientes, en número de 92, renacian indefinidamente, es decir, que tan luego como uno de ellos se gastaba, le sustituía al punto otro. Segun hemos dicho, sus extremidades posteriores eran más grandes y robustas que las anteriores, y por su estructura se parecen á las de las aves, terminando en cuatro dedos.

El insigne naturalista Cuvier fué quien clasificó en 1822 los primeros huesos de este sér antediluviano, á la sazón recién descubiertos: Gedeon Mantell, que efectuó este descubrimiento, presentó los dientes del Iguanodon al exámen de dicho naturalista, y Cuvier los atribuyó sin vacilar á un gran reptil herbívoro, en lo cual no se equivocó, pues el régimen de los Iguanodones era exclusivamente vegetal.

Todo induce á creer que estos dinosaurios tenían costumbres acuáticas, y que debían vivir en los pantanos y á orillas de los rios cuyas aguas podían servirles de refugio. Estos animales de los tiempos geológicos cortaban las plantas de que se alimentaban con el pico córneo en que remataban sus mandíbulas, y las trituraban con los numerosos dientes que guarnecían la parte posterior de su boca. Así engordaban, á pesar de su tamaño, para servir probablemente de presa á los grandes carnívoros, por ejemplo, á otros dinosaurios (*Megalosaurus*), armados de dientes cortantes y de garras aceradas.

**SOLDADOS ÁRABES EN EL DESIERTO,**

Cualquiera compadece á nuestras bravas tropas cuando las necesidades de la guerra las impone una vida llena de fatigas y de privaciones. ¿Qué significan, empero, las privaciones y fatigas que experimentan nuestros soldados, comparadas con las de los soldados del cuadro que reproducimos?

Mal alimentados, mal equipados, montados en incómodos animales cuyo paso, si rápido quebranta, si lento marea, atraviesan las llanuras de la Arabia, esos desiertos en los cuales los horizontes parecen sucederse unos á otros con una tenacidad aterradora. Encima de la cabeza un cielo de fuego, bajo las plantas del dromedario piedras que parecen de candente lava y arenas en que se hunden las pezuñas como en un brasero encendido. De los cuatro elementos de la naturaleza, únicamente parece subsistir el fuego...

El cuadro que publicamos da una idea de esas comarcas inhospitalarias, de esos soldados, dignos hijos de ellas, y de los rigores de la guerra en un país que parece destinado á fijar los límites de la civilizacion.

**SUPLEMENTO ARTÍSTICO**

**ESCENAS PARISIENSES.—¿Qué ha sucedido? CUADRO POR J. L. PELLICER**

No es necesario conocer á Paris para estimar este cuadro en lo mucho que vale. Cualquiera comprenderá que en una poblacion de dos millones de habitantes se han de producir continuamente escenas como las que representa; pero se necesita ser un observador muy fiel y un maestro en el difícil arte de agrupar á un gran número de personajes, para que haya en un cuadro animacion sin confusion, es decir, para que el asunto no se imponga al autor, sino que éste domine el asunto.

Hay, además, en el cuadro de Pellicer un estudio de tipos variados y todos ellos copiados fielmente. Todos esos tipos, todas esas figuras, se hallan dominadas por una misma idea, y aunque constituyendo personalidades ó grupos independientes, todos convergen á un mismo punto, todos se preocupan de lo que ha sucedido. Las figuras del cuadro son en gran número; y sin embargo ni una sola desentona el pensamiento, ni una sola deja de estar en situacion. A pesar de lo cual no hay una sola actitud violenta, no hay un personaje metido por fuerza, no hay un semblante, un detalle solo, que distraiga al espectador y le lleve á otros ideales que no sean el propósito del artista.

Nuestro parabien á Pellicer. La ILUSTRACION ARTÍSTICA se honra con su colaboracion y se promete que su ilustre paisano la proporcionará frecuentes ocasiones en que dar á conocer su privilegiado talento.

**LA BATALLA DE LOS ÁRBOLES**

Varios hombres decidieron un dia constituir una nueva sociedad, una sociedad ejemplar donde la vida corriera entre flores como libre arroyuelo. Era una secta de reformistas, de esos que la filosofía ha forjado en el hornillo calenturiento de sus sabios disparates.

—El océano,—se dijeron aquellos apóstoles de la felicidad terrenal,—es grande y desconocido. Lancémosnos á él en busca de una roca solitaria donde estableceremos nuestras casas, nuestras escuelas, nuestros gimnasios, nuestros talleres y nuestros templos.

Y en efecto, á poco, vieron los buques que cruzaban el dilatado mar, un vapor enorme, todo blanco, cuyo color mostrándose á distancia, decia que allí viajaba sobre las revueltas olas la paz más paradisíaca.

Pronto el vapor de los reformistas perdidio entre las sábanas de ebulliente agua de los trópicos, y trascurridos algunos meses despues de su partida, nadie supo de él. Entre tanto el intrépido vapor caminaba de region

en region, de costa en costa, de isla en isla, de peñasco en peñasco. Pero á todas partes á donde llegaba, ya el suelo tenia las huellas del paso destructor del hombre. Los reformadores necesitaban un terreno virgen donde implantar sus doctrinas, virginales tambien.

Por fin, un país inhabitado se manifestó á sus ojos atónitos. Era una prolongada lengua de tierra, aislada en medio de las olas. Despoblada de todo animado sér, no habia en ella rastro alguno de vida, fuera de la vegetal. En efecto, los árboles cubrian completamente aquella extension de tierra, en términos de que muchos de ellos se adelantaban hasta dentro del mar. Su apiñamiento era extraordinario, y bien pudiera comparárselos á un ejército, con su centro, sus alas de ataque y sus puestos avanzados.

Echaron anclas allí los tripulantes, y abandonando la aguja náutica, pusieron en sus manos el arma del leñador. Las hachas brillaron mordiendo los árboles, como serpientes; las ramas y los troncos empezaron á caer con lastimeros gemidos al suelo. El terreno se aclaraba; el bosque aparecía calvo aquí y allá; el reformador levantaba su reino sobre el aniquilamiento de la naturaleza.

¡Ah! el bosque no pudo resistir. Era la estacion del invierno, y los tallos desgajados se secaban entre el polvo, sin poder arraigar de nuevo. Los árboles indefensos dejáronse, pues, descuartizar, quemar ó torturar por la saña civilizadora del hombre triunfante.

Los troncos más robustos fueron destinados á la construccion de las viviendas; los más delicados y bonitos sirvieron para aderezar los muebles; los más deformes y nudosos, aquellos que mellaban el diente de acero que queria herirlos, fueron condenados al fuego. La selva quedó al cabo arrasada.

Los innovadores, estacionados allí de este modo, gozaron en paz de su victoria. Fuera de algunas contiendas, levisimas es cierto, reñidas á media voz, en el momento de elegir jefe, aquella tribu de anacoretas sociales, vivió desde luego en medio de la más deliciosa armonía. Acariados durante el dia por los rayos de un sol purísimo; calentados por la noche con la llama rabiosa de la leña cortada al bosque; arrullados siempre por la brisa del mar, que era allí blanda, risueña y juguetona como un niño, no pudieron ménos de creer realizados sus sueños los reformistas.

Sin embargo, ciertas dificultades comenzaban á surgir á medida que trascurria el tiempo. Las aves, que no veían en la nueva colonia rama alguna donde posarse, pasaban de lejos, privando de este modo á aquellos hombres del alimento de sus carnes. La pesca retirábase tambien de aquella costa, en que las plantas no podían ofrecerle ya el sabroso cebo de sus semillas. Además el invierno era pasado, los efluvios de la primavera dejábanse sentir por todas partes.

Observóse que á la aproximacion de la nueva estacion, todos los muebles empezaban á crujiir. Por las noches, el rumor que levantaban los estallidos de las maderas, impedía á los habitantes conciliar el sueño. Algunos dias despues, el espectáculo que presentaba la poblacion, y todas las cosas, era sorprendente. Encorváronse las tablas de las mesas, las hojas de las puertas se plegaron, las vigas se retorcieron, los lechos tomaron posturas de dolores, las sillas encabritaron sus piés, los armarios hincháronse pareciendo á hidrópicos. Nadie podía dormir, ni comer, ni sentarse. Todos los semblantes estaban aterados, como á presencia de una catástrofe que nos hace sufrir, pero que no sabemos explicar.

Pero no fué esto todo. En los nudos de las maderas brotaron yemas, de las yemas salieron tallos, y de los tallos ramas cuajadas de hojas. Inútilmente el hacha hacia su oficio: los retoños volvian á aparecer al dia siguiente, más lozanos y más pujantes que nunca. La poblacion, encarnizada en su lucha contra aquella invasion de las hojas, cortaba y cortaba todo el tiempo que tenia fuerzas; pero cuando, agotado su vigor, se entregaba al reposo, el bosque redoblaba su ardor de germinacion, y toda la obra del hombre quedaba anonadada por la savia de la naturaleza.

Ya la primavera estaba en su apogeo. No por dias, sino por instantes se reproducian aquellos troncos, nacidos á la vida. Cada astilla rota echaba raíces, botones y flores. Las casas se convirtieron en una masa compacta é impenetrable de verdura. Los hombres eran visiblemente expulsados al mar. Así lo comprendieron al fin, so pena de ser ahogados bajo un océano de follaje.

Embarcáronse en el vapor que les habia traído; y ya bogaban en alta mar felicitándose de haberse librado de aquella como venganza de los árboles, cuando, alzando los ojos, vieron que el palo mayor, recientemente puesto, tambien echaba ramas.

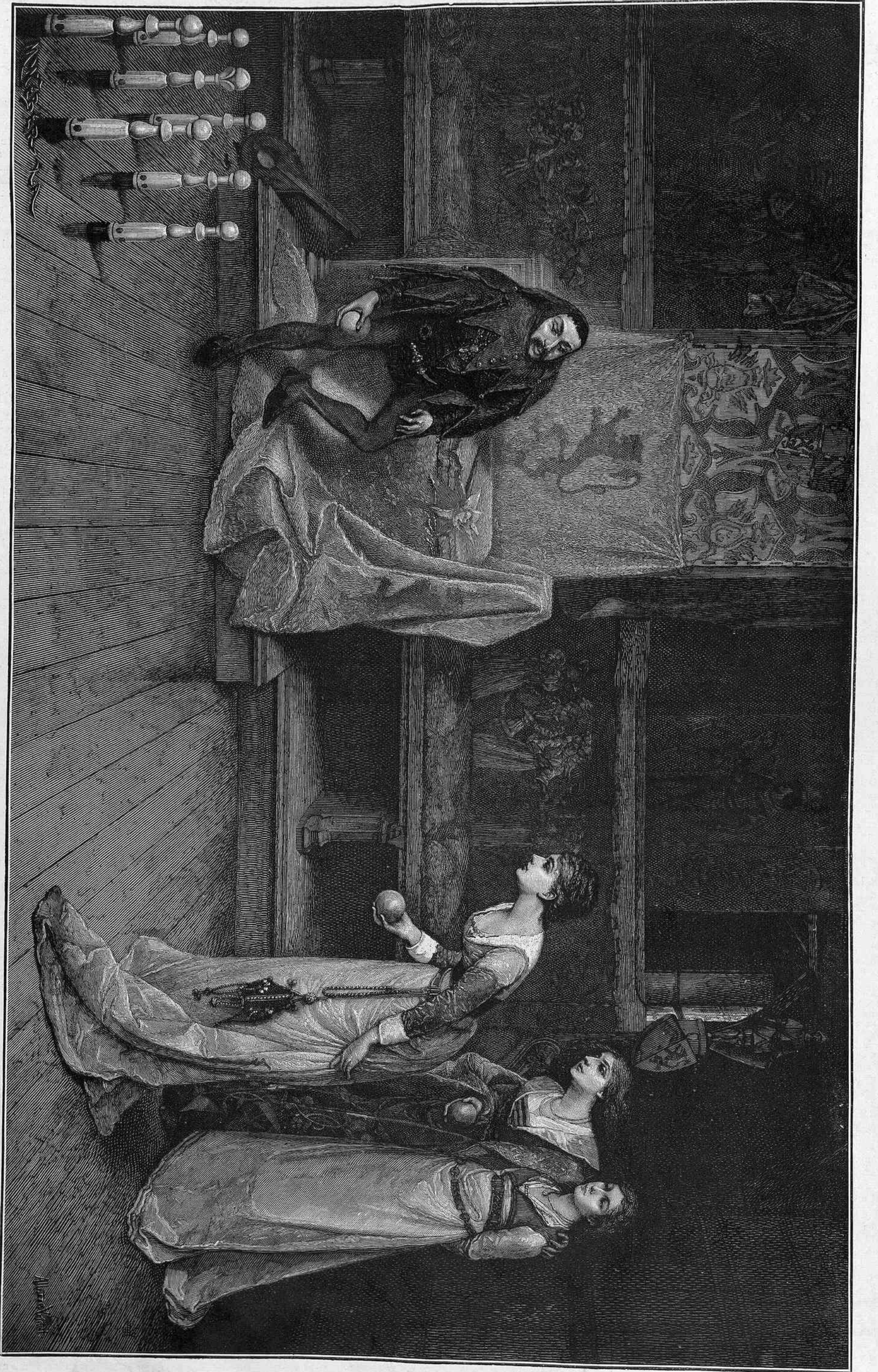
Sin embargo, eran tristes y sombrías como es todo lo que va prisionero.

JOSÉ DE SILES.

**ROSA DE AMOR**

(Conclusion)

Todo esto estaban oyendo el conde de la Almazara, el de la apuesta con Quevedo y sus amigos, desde la reja de la casa del conde de Oñate, y se les ocurrió que tal vez don Francisco se habia valido del ardid de los petardos para apoderarse de la hermosa doncella, lo cual celebraban entre sí en voz baja, por no ser reparados, como un ingenioso modo de salir adelante con su empeño; cuando hé aquí



UNA PARTIDA DE BOLOS, cuadro por A. Viendt

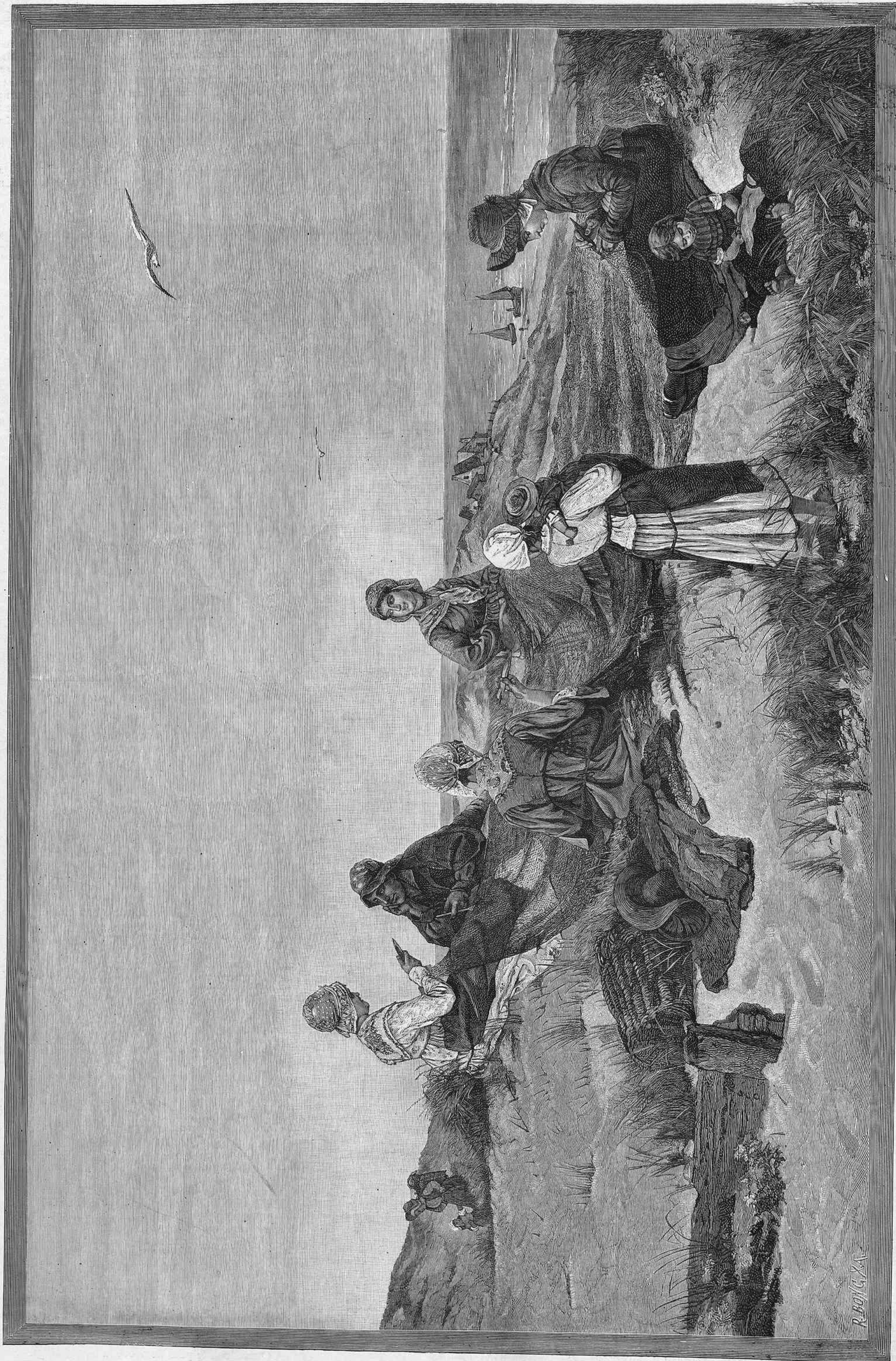




ESCENAS PARISIENSES.—¿QUÉ HA SUCEDIDO?

CUADRO POR J. FELICER





EL D. JUAN DE LOS MÉGANOS, cuadro por Cárlos Mucke



que volvian los mozos que habian conducido en la silla de manos del convento á la dama y deteniéndoles el alcalde les preguntó á dónde iban y de dónde venian, á lo que le contestaron que habian ido á llevar á su casa, con su marido, á una señora que en los ejercicios se habia desmayado á causa de los petardos.

—¿Y habeis vosotros visto á esa señora?—les preguntó el escudero.

—Sí que la hemos visto,—respondieron,—y era muy hermosa y estaba muy ricamente prendida.

—¿Y era blanca y rubia?

—Sí.

—¿Y llevaba un collar de perlas gruesas como garbanzos y con una cruz de oro y rubies?

—Cabal que sí.

—Pues esa señora,—dijo el escudero dirigiéndose al alcalde,—no es casada ni por señas, sino doncella y muy doncella y nuestra ama que se nos ha perdido y la estamos buscando.

Oído lo cual, el alcalde preguntó á los mozos:

—¿Y á dónde á esa señora habeis llevado?

Dijéronlo los mozos y el alcalde repuso:

—Venid con nosotros y guiad; y vos, escudero, estaos quedo, que vos aquí ya no tocais pito; rapto hubo de doncella y asunto es este de justicia.

—Y del que daré yo cuenta al que puede más que vuestra señoría, cuando sepa esta desventura,—añadió el escudero acercándose al alcalde y en voz baja.

—¿Y quién es ese que puede más que yo?—vociferó escandalizado el alcalde.

—El que va con vuestra señoría en esa vara,—dijo en voz más baja el escudero.

—¡El rey!—exclamó estupefacto el alcalde.

—Y no diré más á vuestra señoría aunque me hagan tajadas,—concluyó el escudero,—pero que con lo que he dicho basta para que se haga lo que se debe.

—Guiadnos,—dijo el alcalde á los mozos,—y vos,—añadió volviéndose al escudero,—haced como si nada me hubieseis dicho y seguidme tambien. Quédense aquí un mozo con las dos sillas de mano y la criada, y adelante.

Y todos echaron á andar.

La criada para no mojarse más se metió en la silla de manos de su señora.

—¿Qué os parece si nos apoderásemos de esa doncella?—dijo el conde de Almazara á sus amigos:—ella nos diria más de lo que quisiéramos saber.

—Pues sea,—contestaron los otros.

Y saliendo en número de seis á la calle, acometieron á cintarazos al mozo del convento que con las dos sillas de mano se habia quedado, le pusieron en fuga, quedose la calle desierta y cargando entre todos con la silla de manos en que la doncella se habia refugiado se metieron en casa del conde de Oñate en que vivia uno de los de la partida.

## XIII

Entre tanto Quevedo habia ayudado á la dama, aturrida aún, á subir á su aposento.

A pesar de su audacia, don Francisco se sentia como sujeto por el hechizo de la maravillosa hermosura en que sus ojos se cebaban á la fin; ella, mal vuelta en sí de sus desmayos, miraba con asombrados ojos á Quevedo y luego revolvia su mirada atónita por el mezquino aposento en que se encontraba, porque don Francisco, aunque era noble y señor de la Torre de Juan Abad, estaba tan pobre como si sólo fuese hijo de las musas.

Al fin se le fué esclareciendo más la mirada y volviéndosele los colores al hermoso rostro, dijo sonriendo:

—Yo os conozco.

—¿Y dónde me habeis visto, señora?—preguntó todo turbado Quevedo y con el corazón abierto.

—¡Aquí!—dijo ella poniéndose un dedo en la frente.

—¿En el pensamiento?

—Sí, porque vos sois como yo quisiera al hombre que habria de ser dueño de mi voluntad. Yo no tengo miedo junto á vos. Me parece que sois mi hermano. Pero ¿por qué estoy yo aquí?

Quevedo le refirió lo que habia sucedido despues de haber reventado los petardos en los ejercicios: que habia caido desmayada en sus brazos y todo lo demás que nuestros lectores saben, y ella le dijo:

—Pues si quereis que yo os estime, porque veo que sois bueno y no quereis que mi honra padezca, llevadme á mi casa que es aquí cerca de la parroquia de San Nicolás y en la calle del nombre que me han dado.

—¿Y qué nombre es ese?—repuso Quevedo.

—Salgamos,—dijo ella,—que puede descubrirse por los mozos si alguno les preguntase á dónde me han traído, y á vos os castigarían por raptor y se perderia mi honra.

—Discreta sois,—observó Quevedo:—yo aturrido con las ansias de vuestra hermosura, no habia pensado en lo que sabiamente habeis dicho. Vamos pues, pero habeis de prometerme hablar conmigo por la reja.

—Por eso no quede; y vámonos en este mismo punto; no sea que sobrevengan y no tenga remedio mi desdicha.

Ella entre tanto se habia arreglado lo descompuesto de su traje.

Quevedo le dió el brazo para bajar las escaleras, y salieron á la calle.

Dejó entornada la puerta Quevedo por no entretenerse, que tenia miedo de que volbiesen, no por él, sino por la honra de ella, que ya la queria como cosa propia por el encanto de su hermosura, y porque tenia la seguridad de que

aunque entraran ladrones no podrian robarla, y andando deprisa y callando con la señora de sus sentidos y casi corriendo porque no los cogiesen y porque la lluvia era á cada momento más recia, llegaron á la calle de la Rosa de amor, inmediata á la plazuela de San Nicolás: llamando á grandes aldabadas, se dió ella á conocer al criado que acudió á la puerta, entróse y poco despues hablaba con don Francisco por una reja:

—Me dijisteis,—dijo Quevedo,—que la calle en que viviais se llamaba como vos os llamais: yo no conozco esta calle: he estado mucho tiempo en Nápoles con el duque de Osuna y la han abierto durante mi ausencia.

—Verdad es que es calle nueva, y los vecinos por vivir yo en ella, y por un respeto como ellos dicen á lo que llaman mi hermosura, me han puesto un nombre que es Rosa de amor, y este mismo nombre en sesión del concejo de la villa se lo han puesto á la calle.

—Pues no han podido poner un nombre más verdadero ni más justo ni más hermoso para la calle. ¿Y cómo os llamais vos de vuestro nombre verdadero?

—Yo no tengo nombre.

—¿Qué no teneis nombre?

—Yo no conozco padres.

—¡Ah!—exclamó Quevedo no sabiendo qué decir.

—Yo no tengo más que mi nombre de pila,—dijo ella:—me llamo María.

—¿Y quién mantiene vuestro boato?—preguntó Quevedo con la voz casi ininteligible de celoso.

—Yo no lo sé.

—¿Que no lo sabeis?

—No: he preguntado á mi dueña que debe saberlo y me ha respondido que todavía no es hora.

## XIV

A Quevedo se le habia puesto amarga la boca como las tueras.

De tal manera le habia sobrecogido la hermosa doncella con sus encantos que no habia sabido ni podido amarla más que con el alma: y como tenia la seguridad de que siempre la respetaria, mientras su mujer no fuese, por lo que de una parte le parecia peligroso el matrimonio é imposible para todo hombre discreto, y por otra era muy ciego por la nobleza que no le hubiera consentido se casara con una mujer sin nombre, se sentia amargado é infeliz y maldecia la apuesta que sin saber lo que hacia habia empeñado con el conde de la Almazara.

—El hombre propone y Dios dispone,—exclamó Quevedo.

—¿Por qué decís eso?—le preguntó ella.

—Porque yo, que me habia propuesto no ser del martirologio, aunque llegara á ser santo, me encuentro sin ser santo en el mayor martirio que puede sufrirse agonizando en vida y viviendo en muerte.

—¿Y qué martirio es ese?

—El del amor.

—No le conozco y no sé lo que es, pero si lo que por vos siento es amor, á mí no me martiriza.

—¡Cuán bien se conoce,—respondió suspirando Quevedo,—que sois inocente y cuánto esto aumenta mi martirio!

—Pues confiad en mí, como yo confio en vos y creereis que se puede amar sin ser desventurado. Pero ¿cómo os llamais? Decidmelo.

—Vuestro esclavo se llama don Francisco de Quevedo y Villegas.

—¡Ah, el de las jácaras!

—¡El de las maldiciones! ¡nunca yo os viera!

—¡Ay de mí desdichada!—exclamó con una vehemencia infinita doña María.

—¿Os espantais de que yo sea desventurado?

—¡Ah! no es por eso, no, sino que he perdido un retrato que en un medallon tenia en el joyero del pecho.

—¿Un retrato de quién?—exclamó Quevedo cuyas palabras sonaron como un rugido.

—El retrato de una señora que yo creo que era mi madre y que he encontrado entre otras joyas en un cofrecillo. Y he perdido ese retrato en vuestra casa mientras componia el traje: id, id y ved si recobrais ese retrato, si está allí; no reposaré hasta que lo tenga.

Quevedo se acordó de que habia dejado la puerta abierta, que era muy fácil fueran á su casa en busca de doña María, que entrasen, que encontrasen el retrato si allí se habia quedado.

—Pues esperad á que yo vuelva y os haga una seña que serán tres palmadas y bajad otra vez á la reja,—dijo Quevedo.

Y escapó.

## XV

Cuando llegó á su casa vió que habia bultos á la puerta en los que acercándose reconoció alguaciles.

Allí pues estaba la justicia.

Se lanzó á la puerta.

—¿A dónde vais?—preguntó un alguacil.

—¿Qué, yo no puedo entrar en mi casa?—preguntó á su vez Quevedo.

—Pues si sois el dueño de esta casa, daos á prision al Rey nuestro señor.

Parecióle harto serio aquello á Quevedo que saltó atrás.

Pero sin tiempo.

Los tres alguaciles que estaban á la puerta se lanzaron sobre él y le desarmaron.

Luego, y en peso, porque él no se entregaba, le subieron á la sala, donde estaba el escudero ó guardia de doña María, uno de los mozos del convento y algunos alguaciles.

Cuando entraron los que conducian á Quevedo, este vió que el alcalde examinaba á la luz de una linterna una joya que lanzaba de sí destellos como de diamantes.

Era sin duda el medallon que habia perdido doña María.

## XVI

—¿Porqué estais en mi casa? ¿qué haceis aquí? ¿qué joya es esa que teneis en las manos?—dijo Quevedo, á quien los alguaciles habian soltado.

—¡Vos sois quien teneis que decirme quién sois!—exclamó con retumbante autoridad el alcalde.

—Yo soy,—contestó con una altiva expresion Quevedo,—don Francisco de Quevedo y Villegas, señor de la Torre de Juan Abad, del hábito de Santiago, y vos no teneis jurisdiccion sobre mí.

—¡Yo tengo en las manos el cuerpo de vuestro delito!—repuso con acento concentrado y tremebundo el alcalde.

—¿De qué delito, si os parece?

—Del de rapto de doncella y sacrilegio,—exclamó el alcalde.

—¡Vos mentís!

—¡Yo os meteré en la cárcel!

—¡Por desoir vuestra voz!

—Mandaré que os pongan una mordaza si seguís en vuestros desvergonzados desacatos.

—Yo protesto.

—En buen hora.

Y luego volviéndose el alcalde al escudero le dijo:

—¿Reconoceis este retrato?

—Sí señor,—respondió el escudero:—este medallon lo llevaba esta noche mi señora sobre el pecho.

—Convencido estais,—dijo á Quevedo el alcalde:—esta alhaja se ha encontrado en vuestra casa; ó sois un ladrón ó le ha dejado aquí la señora cuyo rapto habeis cometido.

—¿Me dejais ver ese medallon?

—Sí, para convenceros.

Y el alcalde se lo mostró.

Quevedo ahogó un grito apenas vió el retrato, que era una bellísima miniatura en esmalte de una mujer hermosísima.

—¡El conde de la Almazara!—exclamó.

—¡Vos estais loco! pues ¿no veis que este es el retrato de una dama?

—Sí; pero de una dama que se parece como una gota de agua á otra gota á mi amigo el señor conde de la Almazara.

—¿Quién me nombra?—preguntó el mismo conde entrando acompañado del de Oñate y de los otros amigos que debian haber sido los testigos de la apuesta que se habia empeñado entre el conde de la Almazara y Quevedo, y con la doncella de doña María.

¿Por qué estaban allí?

## XVII

Cuando la doncella de doña María, á quien aquellos jóvenes nobles habian arrebatado, se vió en un salon del piso bajo de la casa de Oñate fuertemente iluminado por la gran llama de una chimenea y por una araña cargada de velas, lanzó un grito de sorpresa y se quedó mirando espantada al conde de la Almazara.

—Pero ¿qué os pasa, moza?—dijo este:—¿creéis que aquí se os va á hacer algun mal? Sólo queremos que nos deis noticias de vuestra señora.

—Pero mi señora debe ser vuestra hermana, caballero,—dijo la doncella.

El conde se puso mortalmente pálido.

—¿Qué estás diciendo?—exclamó:—yo no tengo hermana alguna.

—Os pareéis todo, todo, todo,—murmuró la doncella, cuyo asombro crecia,—á una señora retratada en un medallon que mi ama usa mucho, y que dice que es el retrato de su madre.

—¿Eso decís vos?

—Eso juro y digo la verdad.

—Venid todos conmigo,—exclamó el conde:—venid tambien vos, moza: la que llamais vuestra señora ha sido robada por uno de nuestros amigos. Vamos á su casa.

Todos, inclusa la doncella, siguieron al conde.

Llegaron muy pronto á la casa de Quevedo.

Subieron.

Llegaron en el momento en que nuestro poeta nombró al conde.

Al decir este:—¿Quién me nombra?—Quevedo se encará á él y le dijo con acento triunfante:

—He ganado mi apuesta.

Pero el conde no lo oyó.

Habia visto en las manos del alcalde el medallon.

—Señor alcalde,—le dijo,—¿es ese el retrato de una dama?

—Sí, y un retrato que se os parece como si fueseis vos mismo.

—¡Mostrádmelo, pues!

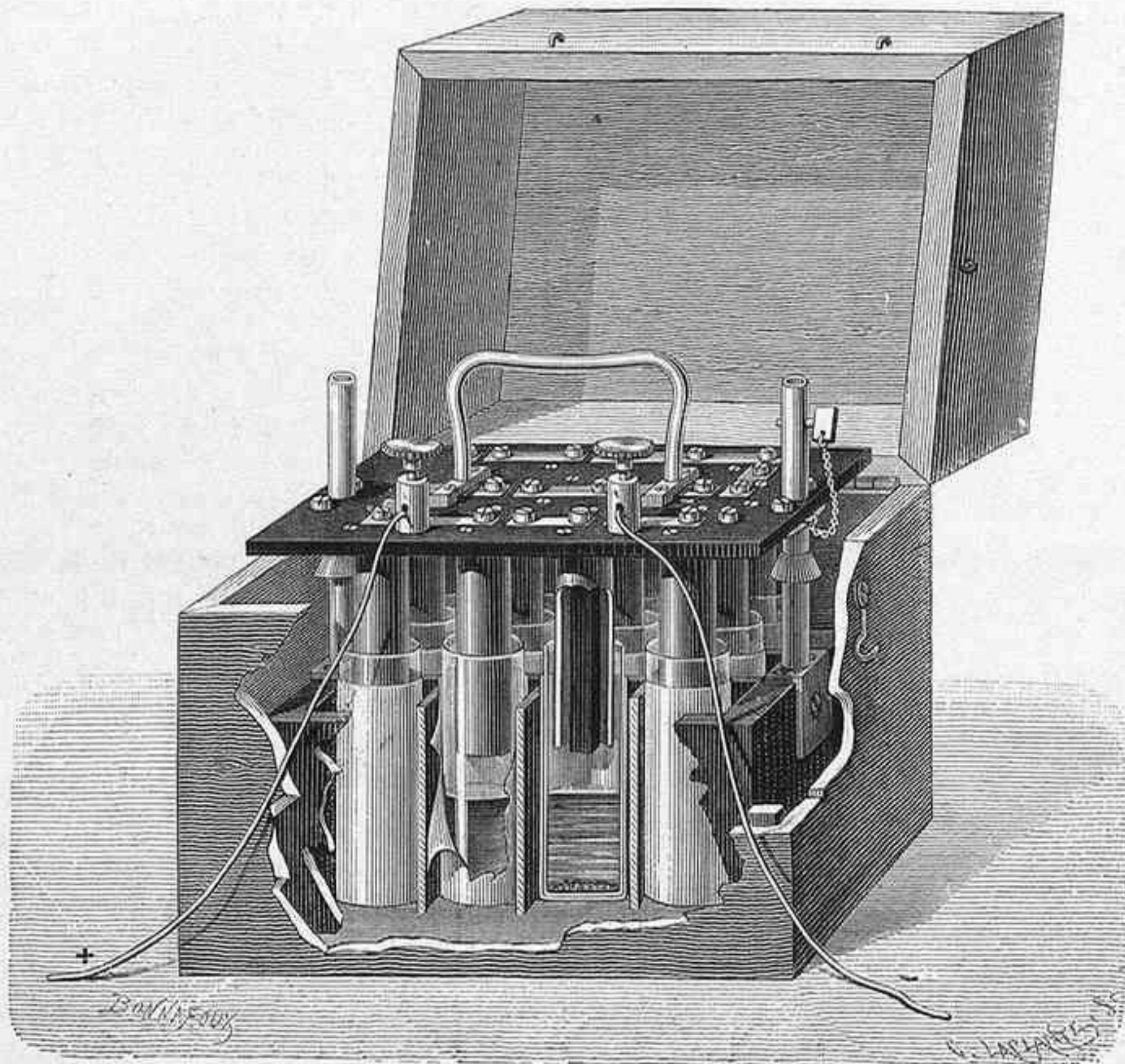
El alcalde se lo entregó.

—¡Mi madre!—exclamó con un acento indescribible.

Y se contuvo.

—Mi madre murió hace veinte años,—murmuró el conde:—yo no la conocí: pero ese retrato se parece á los que de mi madre están en mi casa.

A Quevedo se le puso de nuevo la boca amarga.



PILA DE BICROMATO DE POTASA PARA INFLAMAR LOS BARRENOS

La broma se hacia seria. Lúgubre, trágica, formidable. En la imaginacion de Quevedo, viendo y oyendo aquello, se revolvia el embrión de una tragedia espantosa. El escudero mostraba su semblante feroz y su mirada se concentraba ya en Quevedo, ya en el conde de la Almazara.

—Declarad vos,—dijo el alcalde al escudero:—vos que sois criado de la señora robada por don Francisco de Quevedo, decid al señor conde de la Almazara si sabeis que esta joya pertenece á vuestra señora.

—Yo no tengo nada que decir,—contestó con acento feroz el escudero.

—Yo afirmo que esa joya es de mi señora,—dijo la criada,—y que mi señor me ha dicho mil veces que ese retrato es el de su madre.

—A mi cuenta y riesgo,—dijo el conde de la Almazara señalando al escudero,—ese hombre á la cárcel: hay que interrogarle acerca de una historia en que puede haber, en que hay de seguro un gran crimen. En cuanto á don Francisco de Quevedo,—añadió con acento sombrío,—ya nos entenderemos despues.

—Cuando salga de la cárcel á donde le llevo por sus delitos de desafuero: por raptor de doncella probado y por sacrilegio sospechado. No hubo medio. Los fueros de la justicia no podian atropellarse. Quevedo y el escudero, que se llamaba Anton Repulga, fueron llevados á la cárcel.

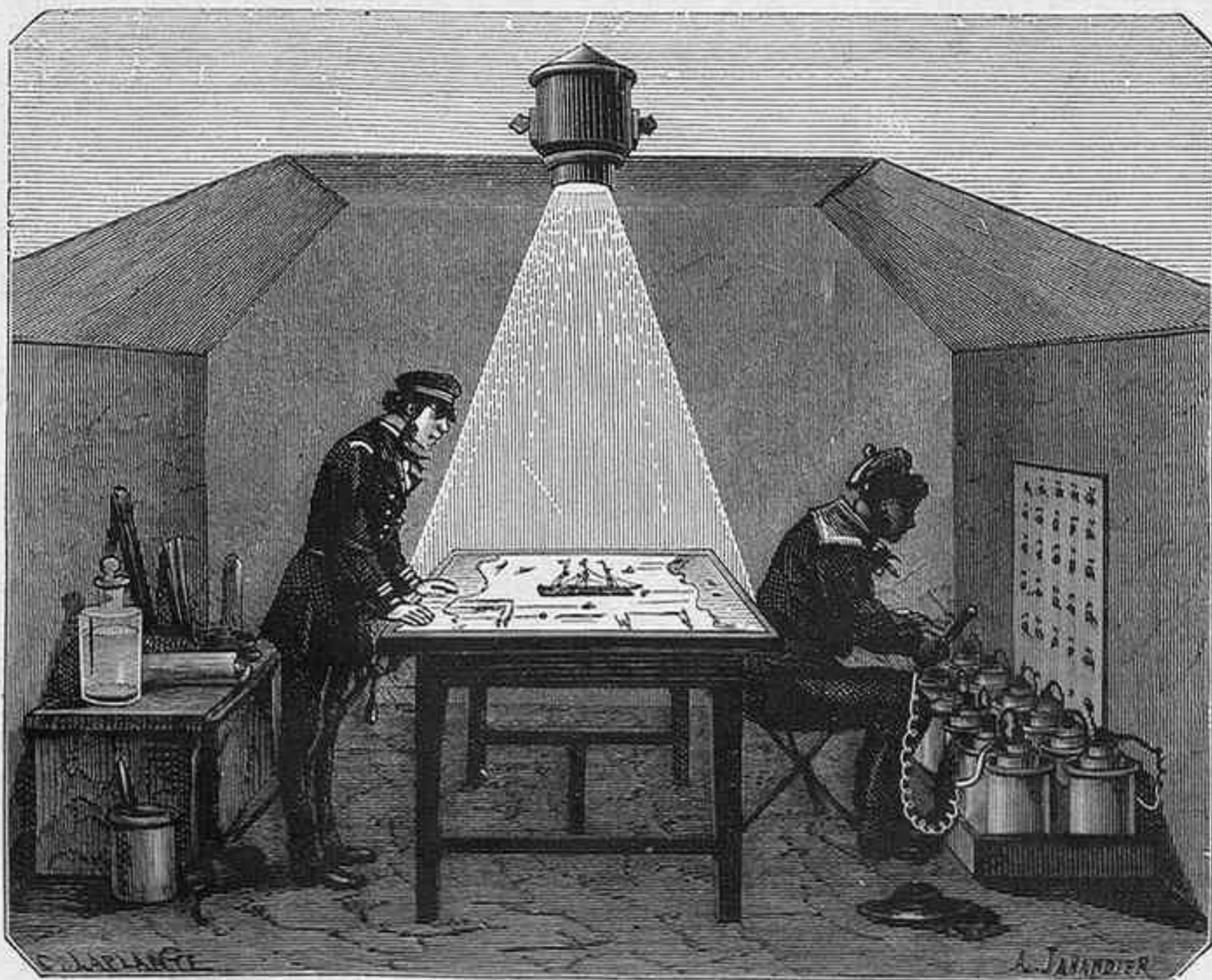
XVIII

En ella y puesto en el tormento Repulga, medio despedazado, no pudiendo resistir más el dolor, confesó lo siguiente:

El conde-duque, cuyo poder no tenia límites, se enamoró de la condesa de la Almazara.

Durante una ausencia del conde en las tierras de Flandes, el conde-duque solicitó á la condesa, que excitada al fin por la grandeza del poder del conde-duque, sucumbió á su empeño.

De estos amores resultó un desdichado fruto.



EXPLOSION DE TORPEDOS POR LA ELECTRICIDAD: SISTEMA DE DEFENSA DE PUERTOS Y COSTAS, DEL GENERAL CHAZAL

Este fruto vino al mundo en secreto.

La condesa murió al dar á luz á su hija doña María.

Su padre el conde-duque la recogió y la puso en poder del que declaraba que la guardaba.

Doña María no conocia el nombre de sus padres, ni de la persona que la protegía.

Sólo conocia el retrato de su madre.

El alcalde se rascaba frecuentemente la oreja, cuando escuchaba esta declaracion, y se arrepentia de su debilidad por haber permitido que asistiera á ella el conde de la Almazara, cuyo semblante tenia una expresion de muerte.

Pero el proceso no tuvo por el momento consecuencias.

El conde-duque, á quien servilmente avisó el alcalde, mandó quemarlo.

Pero para Repulga las consecuencias fueron terribles.

Murió á consecuencia del tormento.

A Quevedo se le mantuvo en prision.

En cuanto al conde de la Almazara, se le prendió algun tiempo despues.

Se le complicó en un proceso de alta traicion y lesa majestad en que se habian empeñado algunos nobles amigos suyos.

El conde era inocente. Pero ¿qué importaba su inocencia?

Sujeto una vez y otra vez á la cuestion del tormento, pereció en él.

De esta suerte el conde-duque se libró de un enemigo á muerte.

En cuanto á doña María, fué encerrada secretamente en el convento de Trinitarias.

Sólo entónces se soltó á Quevedo.

Este no volvió á ver á doña María ni supo lo que habia sido de ella.

La desdichada habia profesado. No sabemos si por el amor de Jesucristo olvidó el que la habia inspirado Quevedo.

Estas fueron las consecuencias de una apuesta de libertinos.

Y esta es tambien la tradicion de la casa inmediata á la iglesia de San Nicolás, á la que por haber vivido en ella doña María se la llamó de la *Rosa del amor*: con el tiempo se olvidó el amor, y quedó á la casa el solo nombre de la Rosa que aún hoy lleva.

M. FERNANDEZ Y GONZALEZ

LA ELECTRICIDAD EN LA GUERRA

III Y ÚLTIMO

Explosion de barrenos, minas y torpedos

La explosion de los barrenos y minas hecha por el sistema antiguo es una operacion con frecuencia peligrosa, y las desgracias que de vez en cuando causa son demasiado graves para que se haya tratado de evitarlas. Hé aquí cómo se procedía para inflamar la pólvora introducida en las minas. Hacíase comunicar el barreno con regueros de pólvora más ó menos largos puestos en la superficie del suelo, por medio de tubos de hierro llenos de pólvora que en el lenguaje técnico llevaban el nombre de *sulchichones*. Poníase luégo en el extremo del barreno un largo pedazo de yesca y se le encendía por la punta opuesta, calculando sus dimensiones de modo que el encargado de la operacion tuviese tiempo de alejarse. No hay para qué detenernos á demostrar el peligro que resultaba de una inflamacion demasiado pronta; á menudo tambien el retraso en la inflamacion era causa de desgracias, sobre todo si se prendia fuego á la vez á muchos barrenos; si se ignoraba cuáles eran los que habian estallado, y por último si se creian apagadas las mechas que en realidad no lo estaban.

Valiéndose de las corrientes eléctricas, de la chispa que brota en el momento en que se cierra el circuito á mayor ó menor distancia, debía desaparecer, como en efecto ha desaparecido, todo

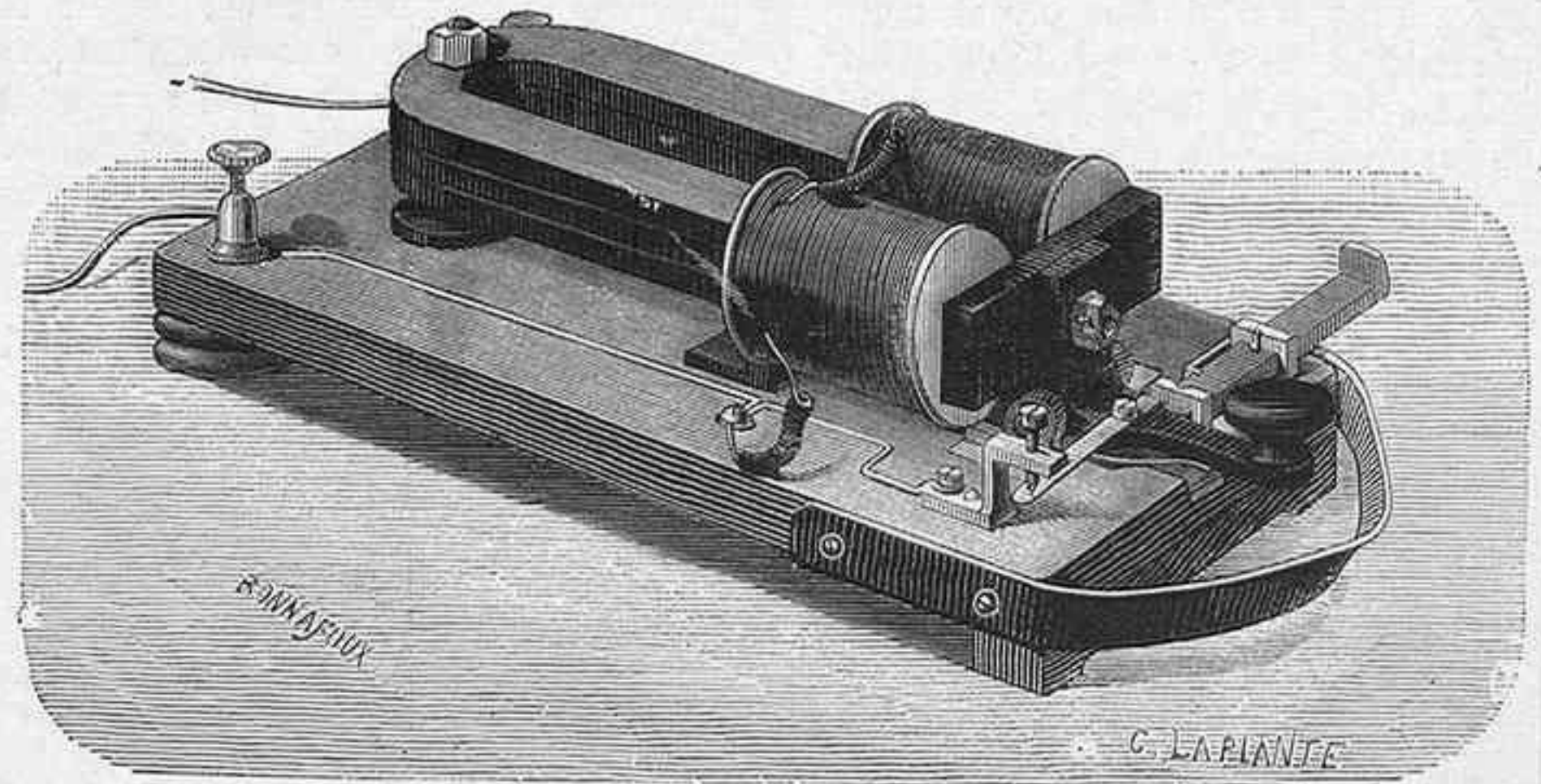
peligro. Con este objeto se hace uso de la pila unas veces, y otras del carrete de induccion de Ruhmkorff ó de las corrientes inducidas de las máquinas magneto-eléctricas.

Desde el principio de esta nueva aplicacion de la electricidad, se ha empleado la pila; pero se necesita una de mucha fuerza y conductores metálicos de gran diámetro. Apenas se cierra el circuito se pone incandescente una espiral de platino metida en la pólvora, y sobreviene la explosion. Ahora se emplea una batería compuesta de elementos de bicromato de potasa, metidos en una caja y colocados de manera que, mediante un mecanismo muy sencillo, todos los cilindros de zinc se introducen á la vez en el líquido. Este sistema, que se habia abandonado por adoptar los que vamos á describir, ha sido perfeccionado y vuelve á estar en boga de algunos años á esta parte.

El método de volar los barrenos por medio de la chispa de induccion del carrete de Ruhmkorff se inauguró en las grandes obras del puerto de Cherburgo. Propuesto por Du Moncel, no dió al pronto buen resultado, por cuanto el poder calorífico de la chispa no era suficiente para inflamar la pólvora á la distancia á que estaba el barreno. Por fortuna, el ingeniero inglés Stateham acababa de inventar un cohete mucho más inflamable que los ordinarios; Ruhmkorff adoptó este nuevo artificio, y el éxito correspondió á sus esperanzas.

Este nuevo cohete consiste en dos hilos de alambre de cobre rojo, cubiertos de guttapercha, cuyas puntas libres, despues de encorvadas, se introducen en una cápsula de guttapercha vulcanizada.

Los dos hilos van á parar á uno ó dos milímetros de distancia, á una especie de caja que se llena de pólvora despues de haber impregnado las puntas del alambre de fulminato de mercurio. «Los primeros ensayos hechos en grande escala, dice Du Moncel, de la aplicacion del aparato de induccion de Ruhmkorff á los barrenos, los efectuó en 1853 el coronel español Verdú en los talleres de M. Herckmann, fabricante de alambre cubierto de guttapercha en la Villette. Se hicieron pruebas sucesivamente en alambres de 400, 600, 1000, 4800, 5000, 6400, 2600, 25000 y 26000 metros de longitud, y el resultado fué siempre satisfactorio, ya con un circuito compuesto de dos hilos, ó ya haciendo entrar la tierra en el circuito.



EXPLOSOR MAGNÉTICO, SISTEMA BREGUET

Para esto sólo se habian empleado dos elementos Bunsen.»

Para volar minas ó barrenos monstruosos, es decir, cargados de centenares ó millares de kilogramos de pólvora, metidos en muchas cavidades puestas en comunicacion entre sí, y obtener su explosion casi simultánea, se hace uso de un conmutador cuyo brazo se pone sucesivamente en contacto con placas de cobre unidas á cada barreno. De este modo se efectúan las explosiones unas tras otras, pero á intervalos tan inmediatos que se las podría creer simultáneas.

El uso de la electricidad para la voladura de barrenos ó minas no tan sólo es ventajoso por lo que respecta á la seguridad, sino que por su facilidad en producir efectos mecánicos gigantescos debidos á la simultaneidad de las explosiones, ofrece tambien una economía considerable (hasta 60 por 100) sobre el antiguo sistema de los regueros. En los trabajos efectuados en 1854 para hacer una dársena en el puerto de Cherburgo, bastó la explosion de seis barrenos para desprender de un golpe un bloque de 30,000 metros cúbicos de roca.

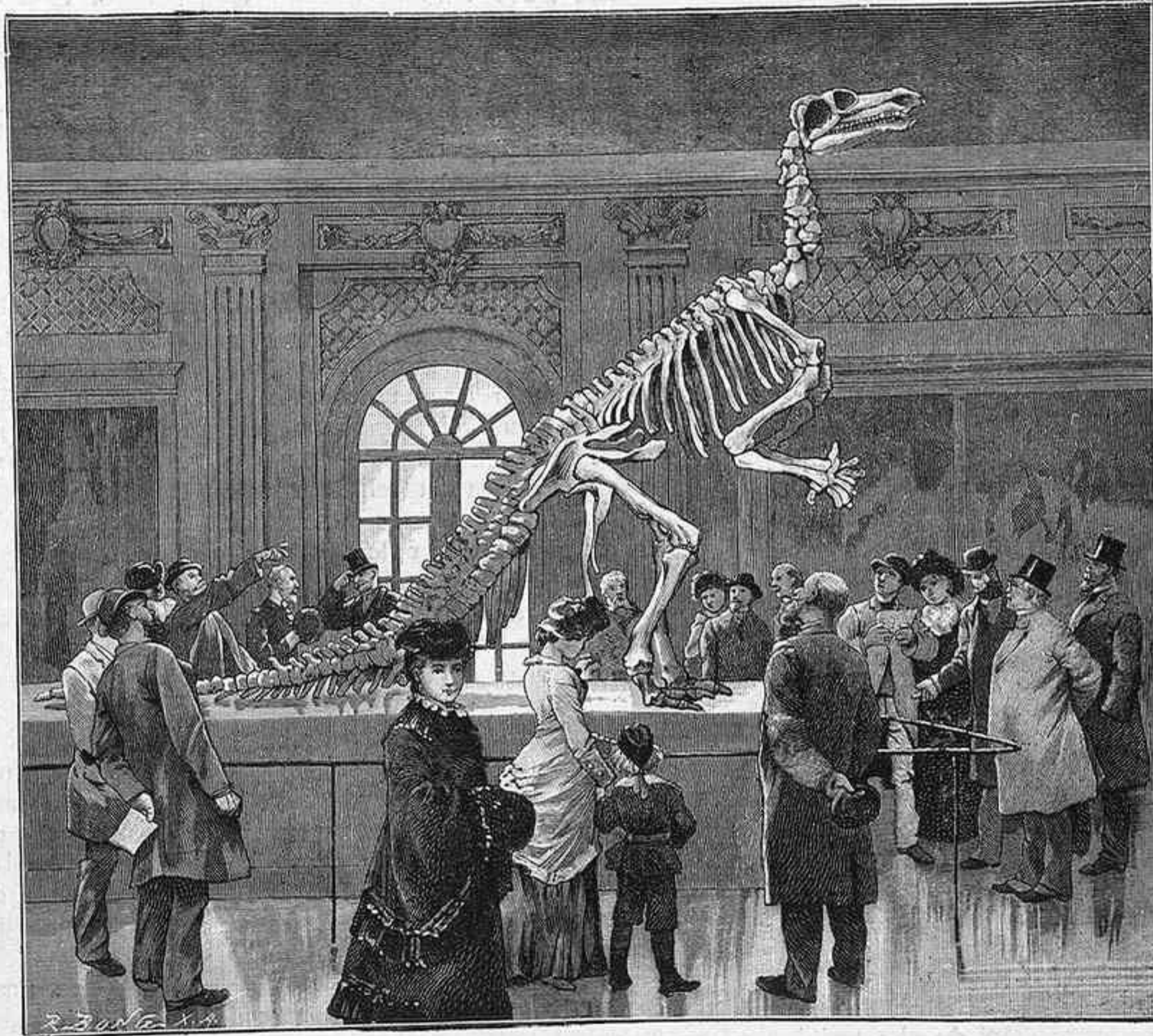
Hé aquí ahora un aparato explosor cuya potencia calorífica se debe al desarrollo de las corrientes inducidas y de la extra-corriente magneto-eléctrica, y cuyo inventor es M. Bréguet.

Consiste en un electro-iman con sus polos enfrente de dos haces en forma de herradura fuertemente imantados y puestos de modo que tienen sus polos vueltos en sentido contrario, de lo cual resulta en la herradura del electro-iman una imantacion que se hace más enérgica con una armadura fija. Delante de ésta hay una pieza de hierro dulce mantenida en contacto con la armadura por medio de un resorte antagonista, y de la cual se le puede separar bruscamente imprimiendo un rápido movimiento al boton de un mango. La disminucion de fuerza que de esta separacion resulta en la armadura del electro-iman, engendra una corriente inducida en los hilos de las bobinas, y además una extra-corriente, cuya intensidad se agrega á la de la inducida. La fuerza de la extra-corriente es la que principalmente se utiliza para producir la chispa,

y M. Bréguet ha discurrido una combinacion que permite valerse de dicha fuerza en el momento en que llega á su máximo. Con tal objeto hay una placa de muelle en contacto con un tornillo, la cual no se separa de él sino cuando la pieza de hierro dulce ha terminado su movimiento. Ahora bien; uno de los hilos de la bobina va á parar al tornillo y el otro al muelle, de suerte que mientras dura el contacto el circuito se cierra por sí mismo, la extracorrente llega á su máximo cuando aquel cesa, y entonces sobreviene la descarga al través del circuito que va á parar á la mina.

Para evitar cualquier percance, un pasador impide que el mango se baje cuando el aparato está en comunicacion con muchas minas, no pudiendo este funcionar sino cuando, estando todo preparado, se quita el pasador. Entonces se puede dar la señal sin recelo alguno.

Se pueden usar, como en efecto se usan, los aparatos que acabamos de describir, no tan sólo para pegar fuego á los barrenos, sino para producir á larga distancia la inflamacion de toda clase de artificios peligrosos, ó de materias gaseosas tales como el *grisú*, ó simplemente para encender luces de gas que deban servir de señales. M. Trève, oficial de marina, ha propuesto que se adopte en la armada un telégrafo náutico destinado á reemplazar las señales nocturnas que, como es sabido, se hacen con fanales de combate. Estos fanales consisten en linternas provistas de lentes de escalones semejantes á las de los faros, y que se izan con una ó dos drizas al punto más alto del buque. Pero como en las operaciones necesarias para manejar, colocar en su sitio y encender estos fanales se invierte mucho tiempo, M. Trève ha propuesto hacer más rápido este modo de comunicacion, reemplazando las bujías de las linternas con el gas del alumbrado, y poniendo fijos los fanales en el sitio que deben ocupar. Unos tubos de plomo ó de cautchuc, que parten de un depósito de gas situado en la toldilla, van á parar á los fanales; abriendo ó cerrando una llave, se puede dar á uno ó á otro el gas necesario. Si en este momento funciona un aparato de induccion, por ejemplo un carrete de Ruhmkorff, distribúyese la luz á los fanales que tienen las llaves abiertas, y el comandante puede mandar hacer



EL GRAN IGUANODON DEL MUSEO DE BRUSELAS

desde su camarote todas las señales compatibles con este sistema de telegrafía nocturna.

La inflamacion á larga distancia de las materias explosivas por la electricidad sirve para proteger los puertos y las inmediaciones de las plazas fuertes, segun dejamos dicho. Todo el mundo ha oido hablar de esos ingenios formidables llamados *torpedos*, cuya explosion es tan terrible, que si llega á estallar á tiempo, uno solo puede echar á pique el mayor buque de guerra. Los torpedos han desempeñado un papel importante en la guerra de secesion en los Estados Unidos, habiendo causado la pérdida de un crecido número de buques. Hé aquí en qué consistia el torpedo americano.

Era una caja de estaño de 45 ó 50 litros de capacidad, dividida en dos partes por un tabique trasversal: una de ellas contenia la carga de pólvora y la otra servia de cá-

mara de aire. Una varilla de hierro metida en la pólvora y con una cápsula en su extremo, recibia el golpe de un martillo cuando al pasar un buque sobre el punto en que estaba sumergido el torpedo, tropezaba con un flotador provisto de una cuerda puesta en comunicacion con el engranaje del martillo.

En un principio no producía la electricidad la explosion; pero muy en breve se tuvieron en cuenta las ventajas que podia resultar de una inflamacion instantánea, y que quedaba al arbitrio de las autoridades encargadas de la defensa. El general Chazal, ex-ministro de la Guerra en Bélgica, ha combinado el uso de la electricidad con el de la cámara oscura, de un modo muy ingenioso para defender el Escalda con torpedos.

Bajo una tienda protegida por un terraplen, se coloca la pila ó el aparato de induccion que engendra la chispa. En dicha tienda se reúnen todos los hilos que enlazan eléctricamente las líneas de torpedos con el aparato, estando numerado cada uno de ellos para evitar cualquier equivocacion.

Sobre una mesa se extiende un plano del Escalda en el que están indicadas las posiciones de los torpedos, y que no es otra cosa sino la reproduccion óptica del rio por el aparato de la cámara oscura colocado en el vértice de la tienda. Supongamos pues que se divisa un barco enemigo remontando el rio: el oficial encargado de la vi-

gilancia y del mando podrá observar de minuto en minuto la posicion que ocupa relativamente á la línea de inmersion de los torpedos. En el momento oportuno, dará la órden conveniente al marino encargado del aparato eléctrico, é indicará el número del hilo cuyo circuito debe cerrar, y al punto ocurrirá la explosion. Segun parece, las pruebas hechas algunos años atrás han tenido el mejor éxito.

Durante el sitio de Paris, se puso en los alrededores de sus baluartes y fuertes una red de torpedos; mas como el ejército sitiador no dió ninguna embestida de cerca á la gran ciudad, este sistema de defensa, perfectamente organizado, no pasó de desempeñar un papel preventivo.

A. G.



SOLDADOS ÁRABES EN EL DESIERTO

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP DE MONTANER Y SIMON.